

La perdigonada del cazador

MIRE usted por donde Arias Navarro a uno le sienta muy bien. Está en segundo plano tan callado que, con la que está cayendo, parece que nada fuera con él. Arias Navarro es un tierno lobo paternalista que de vez en cuando



sale al claro del bosque a contarnos sus penas. Es un lobo político que periódicamente goza mucho afligiéndose en público. Durante largas temporadas permanece silencioso mientras en el país caen chuzos de punta; él sin embargo queda impávido sin ulular palabra en tanto las borrascas azotan cumbres y ventisqueros y sus ministros se alteran poseídos del don de lenguas o viajan calzados con las botas de las siete reformas para explicar por ahí fuera en inglés, francés o alemán lo que aquí dentro nadie se cree en castellano. Pero de pronto, después de largo tiempo, Arias Navarro reclama para sí un espacio de televisión, se mete

en nuestra sala de estar con rostro compungido y nos cuenta lo mucho que sufre. Y por supuesto todo el bosque le cree. La Abuela sobre todo, que es muy sentimental y floja de esfínter. La Caperuza troskoerótica ya es otra cosa. A esa no le va tanto el cuento de la pena. La Caperuza dice que don Carlos Arias, a pesar de su silencio y su modoso existir sigue siendo presidente del Gobierno. Creo que la patria no le debe exigir tantos sufrimientos.

Estábamos sentados al pie de una encina la Abuela, la Caperuza y un servidor, comiendo, a la atardecida, la tortilla de patatas con vodka que nos mandan los enanos infiltrados y platicábamos los tres en plan filosófico sobre las penas socráticas de nuestro lobo presidente y la fórmula de hacerle salir de ellas. Y llegamos a esta solución de ruptura pactada: lo mejor sería que don Carlos Arias tornara a su período de dicha, de política felicidad de cuando era alcalde de Madrid. Don Carlos debe volver a su espacio proustiano del juego del escaletic, a la comida en el figón con los cronistas de la villa, a la sonrisa municipal en la inauguración de un parque. Entonces don Carlos estaba alegre y contento. Es lo que se merece. ■ V.

